

Del «Diario de París»

João Guimarães Rosa

I

Todo el mundo se escapa. Lucy se marchó en avión a Brasil, llevando en la solapa un *cyclamen des bois*. Michel Tapié me dijo hace días que se iría a Tréport, para asistir a las tempestades, que van a ser extraordinarias, pues desde no sé qué años el equinoccio no coincidía con la luna nueva. Y, cerca de Wepler, me encuentro con el viejo Flairbaud, un volumen de crítica bajo el brazo. Le pregunté hacia dónde se encaminaba.

—A los probos y esponjosos dominios de la cerveza.

*

En compensación, hoy, a las 8 y 45, en la *Gare de l'Est*, donde fui a esperar a unos amigos que llegaban en el Expreso de Oriente, vi llegar a una mujer, hermosa como ninguna otra que me haya sido dado contemplar. Robé el rubio perfume de sus cabellos, y se deslizaron sobre mí, como un relámpago, sus ojos, de un gran verde instantáneo, como cuando se sueña caer en una vacía nada. Salida de un *lied* de Schubert, esto es, en la vía 25, descendía de un tren incomparablemente llegado de: Bucarest - Belgrado - Budapest - Varsovia - Praga - Viena - Estrasburgo - Frankfurt - Spira, según se podía leer en el cartel del vagón.

*

C. D. me enseña sus colores, los que deben esperar en la paleta: negro (*noir d'ivoire*), blanco (*blanc d'argent*), rojo venecia u ocre rubio; ocre-amarillo o amarillo-cadmio, medio. Para el paisaje: los mismos, más: azul cobalto y tierra de siena.

Nuevos, sí, son los que la moda enciende y que se imponen en los figurines: azul-vitral, verde-cactus, azul *François I*, *rouge vin d'Arbois*, *gris nuage*, *violet Monsignor*, *miel blond*.

Para el escritor, también, en un comienzo, podría haber de eso, en los pinceles: negro como el azabache o la noche o el hollín, blanco como el alabastro o la nieve, rojo como el fuego, los rubíes, amarillo azafrán, azul cielo. Hoy, sin embargo, es azul o verde o rojo, tan sólo, sin más. O si no la mención debe gastarse, única vez, fulgor de lámpara de magnesio:

*María, vestida de mayo:
azul marino y blanca flor..*

*

Estoy solo. El gato está solo. Los árboles están solos. Pero no del solo de la soledad: el solo de la solistencia.

*

– En el metro, en rojo, este anuncio, que es París y es un poema:

*«le
rouge baiser
permet
le baiser...»*

Que nunca sean triviales para mí los castaños.

*

Me presentaron a una muchacha griega, que vino a París para estudiar cine. Muchacha, digo, por la edad aparente. Porque está casada. Señora Korax, o Hiérax, o Skolópax; sólo sé que es un apellido de ave. Pero su nombre es Ieoana. Para empezar, doy saltos de no decirlo:

- ... Todavía si fuese Frini, o Khloi, auténticos nombres helénicos...
- Cloe... Frinea... Beijocléa...
- ¿Qué dice? ¿Es en su lengua? Es hermoso. Me suena todavía más griego...

*

30-IX.- Me río con Ferdinand, *barman* y uno de los hermanos copropietarios de «Le Montaigne». Va siempre de *smoking* y es en exceso sensato, un tanto tímido. Juega a los dados con nosotros, y pierde, todas las veces. Inocentemente, él nos llama, a nosotros, los brasileños y sudamericanos en general, «les Sud-Argentins»...

*

Redactar honestamente un diario sería como dejar de chupar en el cigarro que arde para poder recoger entera la ceniza.